

samiento de cortar las ligaduras de la balsa y hundirse de este modo en las olas con sus compañeros de infortunio. Manifestaron en voz alta la intencion de deshacerse de los gefes que podian oponerse á sus designios, al tiempo mismo que enarbolaron los sables y cargaron furiosamente sobre ellos, combinando como un placer esta á las demas causas de destruccion que por todas partes les asediaban. Los frágiles maderos que les sostenian apenas se tuvieron de sangre, y una vez iniciado el crimen no se detuvieron en su camino. Aquellos que en todas ocasiones hubieran tenido el derecho de hacerse obedecer, se hallaban á merced de aquella desesperada turba, entre la que habia hombres marcados ya con el hierro reprobador de la sociedad, y que entonces dando rienda suelta á sus malvados pensamientos se complacian en el goce infernal de hacer en la tierra impunemente, antes de sucumbir, todo el mal posible. Los oficiales y pasajeros que conservaban aún sangre fria, que estaban bien armados y sin el inconveniente de la embriaguez, se retiraron á un extremo de la balsa en el que se defendieron de sus furiosos enemigos matando gran número de ellos y precipitando al agua sus cadáveres. A pesar de todo, el hambre, la escasez de provisiones fué entre los que sobrevivieron manantial de disensiones continuas. La ecesasperacion y el furor producido por tantos padecimientos, aniquilaron todo sentimiento de humanidad. La pluma se resiste á describir las repugnantes y horrorosas escenas por que pasaron los que aún sobrevivian. Estos desgraciados á quienes un prolongado ayuno tenia reducidos á una estrema estenuacion, y cuyas heridas ensangrentadas se abrian á cada paso por efecto de las sacudidas de las olas, lanzaban gritos dolorosos, y para prolongar por algunas horas tan miserable existencia bebian sus propios orines y se alimentaban con las carnes de los camaradas que habian perecido. De ciento cincuenta y dos que entraron en la balsa no quedaban mas que treinta. Dos hombres á quienes encontraron bebiendo fraudulentamente de la única barrica de vino que quedaba, fueron arrojados al mar. La vida de un niño de doce años, discípulo de marina, objeto de la ternura y cuidado de toda la tripulacion por su figura angelical, su voz dulce, su excelente carácter y valor, se distinguió como una luz falta de alimento. Quedaban veinte y siete, dice la relacion de uno de los actores de esta terrible escena (1), y de ellos solo quince parecian destinados á poder prolongar su existencia algunos dias; los restantes estaban cubiertos de heridas y llagas y habian perdido la razon. Sin embargo, como aún se les contaba para la distribucion de nuestras provisiones, y podian consumir antes de morir treinta ó cuarenta botellas de vino que nos eran de un valor inestimable, se puso á deliberacion lo que debia hacerse, y se tomó la execrable resolucion de que los quince mas fuertes arrojarian al mar á los otros quince mas débiles, lo que fué al punto ejecutado.

Seis dias despues fueron divisados y recogidos por el Argos los quince desgraciados que sobrevivieron

(1) Correard, quinta edicion, página 140.

en la balsa, los cuales parecian, mejor que hombres, cadáveres á quienes se hubiera arrancado la epidermis. Una vez en la isla de San Luis, sucumbieron aún cinco, á pesar de los esmerados cuidados que se les prodigaron, salvándose por lo tanto diez tan solamente de los ciento cincuenta y dos refugiados en la balsa, los cuales, en sus horribles descripciones, enseñaron cuántos crímenes y padecimientos puede acumular y soportar el hombre en el corto espacio de quince dias.

La naturaleza muchas veces procura en el esceso de nuestros males un alivio y hasta una compensacion de ellos mismos; los desgraciados de la balsa perdian con la razon el sentimiento de su horrorosa situacion. La debilidad les hacia aletargarse en una especie de somnolencia, de la cual despertaban con la mirada radiante, y poseidos de las mas dulces ilusiones. Mr. Correard, afectado de este mal que hace prorumpir en gozosas exclamaciones y en deseos de arrojarse al mar para ganar las hermosas praderas que se cree distinguir ya á un paso, se figuraba hallarse en los vergeles de Italia; otros en su delirio se creian aún á bordo de la Medusa, navegando pacifica y sosegadamente, y otros llamaban á los navíos que se les figuraba venir en su socorro.

Hallada la balsa, se trató de acudir en busca de las lanchas que no habian llegado con la del gobernador, puesto que sin víveres, su posicion debia ser aún mas crítica que la de los náufragos de la fragata, los cuales, si el mar no la habia deshecho, subsistirian tal vez con los víveres que quedasen.

Sin embargo, como la fragata traia á bordo, para las necesidades de la colonia, una suma de cien mil francos, que nunca se pudo hallar, se dispuso, aunque tarde, para proveer á las ecesigencias de la humanidad, enviar una goleta encargada de socorrer los que hallara, y de registrar el interior del buque, á fin de descubrir el dinero. Dos veces se hizo á la vela, y dos veces, por efecto de temporales, tuvo que regresar al punto de partida, despues de navegar inútilmente por espacio de algunos dias; por fin, á la tercera, llegó hasta la Medusa, cincuenta y dos dias despues de su abandono. Las diez y siete personas que quedaron dentro de ella, reunieron al principio todos los víveres que pudieron estraer de la cala, y en tanto que duraron reinó la paz; pero pasaron cuarenta dias sin que llegase el socorro que aguardaban, y entonces, doce de los mas valerosos é intrépidos resolvieron ganar la tierra, para cuyo efecto construyeron una balsa con algunos despojos del buque. Debieron ser víctimas de su temeridad, á juzgar por los restos de la balsa que fueron hallados por los moros en la costa del desierto de Sahara. Algunos dias despues de la partida de esta balsa, quiso tambien un marinero ganar la costa, asido á otro fragmento de la fragata, y pereció á vista de esta. Aquellos desgraciados si no hubieran perecido á merced de las olas, es casi seguro que ellos y sus compañeros hubieran sido víctimas del hambre. Los cuatro que quedaron á bordo decidieron morir allí, antes que esponerse á peligros que creian imposible superar. Uno de los cuatro murió de hambre poco antes de llegar la goleta. Los tres restan-

tes estaban en malísimo estado de estenuacion: con dos dias mas que hubiera tardado el socorro, no hubieran hallado mas que cadáveres. Estos desventurados ocupaban cada uno un nicho separado, del que no salian sino para buscar víveres, que en los últimos dias consistian en un poco de aguardiente, sebo, y tocino salado. Cuando encontraban algo se perseguian entre sí, cuchillo en mano. Mientras no faltó el vino y algunas otras provisiones, pudieron sostenerse medianamente, pero cuando solo les quedó aguardiente, se debilitaron mas cada dia. Por fin hallaron reunidos á su llegada á la isla de San Luis, á todos los que se habian librado de aquellos desastres.

Los sesenta y tres hombres que hemos dicho que desembarcaron cerca del cabo de Minick, confiaron el mando y direccion de la caravana á un sargento llamado Petit, jóven de veintiocho años, enérgico é inteligente. Antes de ponerse en marcha se contó los que habia, y no se encontraron mas que cincuenta y siete. Al tocar en tierra se habian separado seis individuos de sus compañeros de infortunio: de este número era el naturalista Kummer, que se alejó con la esperanza de que los moros le suministrarían con qué satisfacer la sed y el hambre.

Púsose en camino la caravana de los cincuenta y siete, sufriendo el rigor de un sol abrasador, y sin hallar recurso que mitigara su sed. Por la tarde llegaron á unas colinas de arena próximas al mar, donde encontraron algunos chozos deshabitados, alrededor de los que se veian restos de langosta y despojos de algunas comidas.

El 7, aprovechando la frescura de la mañana, se pusieron en marcha á las dos: la sed les mortificaba mucho; probaron algunos beber agua del mar, pero les produjo cólicos y vómitos horribles; bebieron los orines, pero este recurso se les agotó muy en breve; otros tuvieron la feliz idea de abrir en la tierra, próximo al mar, pozas, que les suministró agua fangosa, pero menos salada y nociva que la del Océano. No obstante estas disposiciones, deseaban la mayor parte les redujesen los moros á la esclavitud, pues no se descubrian plantas ni animal que pudiese servir de alimento, como no fuesen langostas, cuya carne produce fuertes cólicos si se come cruda. La tercera noche se pasó como la precedente, interrumpiendo tan solo el solemne silencio que les rodeaba, los silbidos de las serpientes, único rumor que turbaba los sueños seductores de aquellos desgraciados, tendidos en la arena y disfrutando del letargo de la fiebre. A las dos de la mañana se pusieron de nuevo en marcha. Este dia fué uno de los mas crueles que pasaron en el desierto: la muger de un cabo se dejó caer en el suelo y declaró no poder andar mas. . . . Su marido, desesperado, trató de reanimar su valor con amenazas: "¡Hiere, dijo, así cesará de padecer." Con mil trabajos consiguió trasladarla hasta una charca de agua salada, en cuyo sitio tuvo el desconsuelo de verla espirar. La narracion de este episodio no cuenta que fuese enterrada, pero sí que en aquel mismo lugar pasaron la tercera noche, en la que no les dejó conciliar el sueño el graznido de las aves, la agitacion de los reptiles, y los rugi-

dos de los leones. El 10, la mitad de los que componian la caravana no pudieron incorporarse: grandes hinchazones y agudísimos dolores paralizaban el uso de sus miembros, lo que hacia que pidiesen por gracia que los fusilasen. El calor del sol les reanimó algun tanto, y durante la noche siguiente, que fué la undécima que pasaron en el desierto, acometió á todos el delirio, y se hablaban por señas en atencion á que su lengua desecada no les permitia articular palabra alguna: uno de ellos imaginó hacerse cortaduras en las yemas de los dedos para chupar la sangre, ejemplo que imitaron muchos; pero este recurso no impidió que sucumbieran algunos durante esta noche misma. El 11 hacía las dos de la mañana acababa Petit de ponerse en marcha con los que componian la vanguardia, cuando descubrieron unas cabañas, de donde al percibirlos, salieron corriendo hasta unos cuarenta moros blandiendo puñales: estos bárbaros cogieron á los que iban con Petit; pero este consiguió escapar incorporarse al resto de la caravana. Propuso al punto se aprestaran á defenderse, pero una voz gritó: "¿Para qué? los moros nos darán de beber:" caminaron hacia donde se hallaban aquellos, los que se arrojaron sobre los pobres náufragos como aves de rapiña; en un abrir y cerrar de ojos les despojaron de sus vestidos, espoliacion á que se prestaban ellos mismos, suplicando les diesen un poco de agua; por fin les condujeron á orilla de un pozo, que les suministró una agua amarga y cubierta de mugre, que rechazó el estómago debilitado de aquellos hombres. El gefe de los salvages tomó de la mano á Petit y le sentó á su lado. En seguida procuró informarse del pais de los náufragos, á dónde iban, y de dónde venian, cómo habian llegado á la costa; lo que contenia su barco, y lo que habia sido de él. Interin este interrogatorio, se distribuyeron las mugeres el botin, y los hombres bailaban y gritaban en muestra de alegría.

Este gefe consintió en conducir los náufragos al Senegal, á condicion de que se les darian telas de Guinea, pólvora, fusiles y tabaco. Les hizo distribuir un poco de pescado, y dió la señal de partida.

El 12, al cabo de algunas horas de marcha, encontraron una segunda banda de moros mas numerosa que la que les habia apresado: esta quiso resistir, pero fué derrotada, y su gefe con la barba y los cabellos cortados. Hamel era el nombre del vencedor, que dijo en mal inglés, ser príncipe de los pescadores: llegaron cerca de anochecer á un sitio en que habia algunos chozos, y mugeres y niños guardando ganado: les dieron por toda bebida un poco de agua amarga y fangosa, y por alimento langostas crudas y algunas raices filamentosas. Obligaron á los cautivos á arrancar raices, cargar y descargar camellos y curar á las bestias. Cuando el sueño, mas poderoso que sus padecimientos, conseguia cerrar sus párpados, se distraian las mugeres y niños del aduar en pincharles, hasta hacerles brotar sangre; en arrancarles los cabellos de la barba, y en echar arenas en sus llagas, deleitándose mucho con sus quejas y gemidos.

El dia 16 les dieron los moros mejor alimento y

bebida, y les preguntaron lo que darian por su conduccion al Senegal. Se les ofreció aún mas de lo que pidieron, y al punto nos pusimos en marcha.

El 17 al despuntar el sol divisaron los cautivos un barco que se aproximó rápidamente; reconocieron el pabellon francés, lo que hizo palpar su corazón de alegría y esperanza; pero desapareció á poco: era el Argos que buscaba los náufragos para conducirlos al Senegal; pero no percibió las señales que le hacian, lo cual fué una fortuna para los desdichados de la balsa, puesto que por haber continuado en su derrotero, los halló á punto ya de espirar.

Por fin, el 19 encontraron un marabut que anunció la próxima llegada de un enviado de la colonia: Mr. Karnet, en traje de moro y montado sobre un camello, apareció acompañado de otros cuatro marabus. Este filántropo irlandés acababa de arrostrar grandes peligros por buscar á los náufragos, para distribuirles los viveres que traia consigo. Ninguno tuvo paciencia para dejar cocer el arroz, sino que lo deboraron crudo, añadiendo á los tormentos del hambre peligrosas indigestiones, que no fueron obstáculo que estorbaba comprar un becerro y componerlo á estilo de los moros. Por mas esfuerzos que hicieron Mr. Karnet, Petit y otros, no fué posible contener á aquellos desgraciados, que pagaron muy caro, algunos hasta con la vida, su temeridad en comer.

El mismo dia reapareció el Argos á distancia de una legua; los náufragos dispararon algunos tiros, y los del mar enviaron una lancha que se acercó cuanto pudo á tierra. Mr. Karnet, Hamel y su hermano llegaron á ella, en la que se trasladaron á bordo. El capitán les envió con otra lancha una barrica de galleta y algunas botellas de aguardiente; pero como no pudo aproximarse la lancha, se echaron al agua con esta carga y consiguieron depositarla en tierra. Petit distribuyó una parte de la galleta y del aguardiente, y cargó el resto en los camellos. Entonces fué cuando los de la caravana se enteraron de la triste suerte de los de la balsa. No distaban ya de la colonia del Senegal mas que veinte leguas. La caravana llegó por fin el 23 de Julio á medio dia. A pesar de los padecimientos de tan penosa travesía, solamente perecieron una muger y cinco hombres; tres se perdieron en el desierto, y entre ellos un militar, á quien cogieron los moros y condujeron á la isla de San Luis, despues de retenerlo un mes.

El naturalista Kummer, uno de los seis individuos que creyeron deber abandonar á sus camaradas, fué tambien apresado por los moros, pero como sabia el árabe y conocia sus ceremonias, le trataron magníficamente, y consiguió lo mismo para otro compañero de naufragio que habia sido tambien apresado y conducido donde Kummer. Ambos fueron conducidos á la isla de San Luis por el gefe principal de uno de aquellos aduares.

VI.

PRINCIPALES AVENTURAS DE MUNGO-PARK, EN EL INTERIOR DE AFRICA.

Mungo-Park no es bajo ningun punto de vista un viajero vulgar, pues muy distante de entrar en sus miras la especulacion, lo emprende todo por amor á la humanidad y á las ciencias.

Procuraremos dar á conocer algunas circunstancias de su viage.

Aceptados sus servicios por la Sociedad de Londres de descubrimientos en Africa, se dió á la vela en un buque que ancló en Gillifria, ciudad situada en la orilla septentrional de Gambia.

Despues de procurarse un caballo, emprendió su expedicion segun las instrucciones que llevaba, las cuales consistian en recorrer el curso del rio Níger, visitando las principales ciudades por que pasa.

Una caravana que iba á partir en la misma direccion no tuvo por conveniente convenir en que Mungo-Park formase parte de ella, y por lo tanto se vió precisado á marchar solo, acompañado de un intérprete llamado Johnson y un criado negro que tenia por nombre Demba. Mungo-Park montaba un caballo vivo y nervioso, y sus dos compañeros de viage le seguian en asnos; su equipage se componia de provisiones de boca para dos dias, y de un ligero surtido de cuentas de vidrio, ámbar y tabaco; llevaba un poco de ropa blanca para su uso, un quitasol, un cuadrante de círculo, una brújula, un termómetro, dos fusiles, dos pares de pistolas y algunos otros objetos insignificantes.

Un negro libre llamado Madiba, dos comerciantes de esclavos y otro negro, de oficio herrero, que habia estado al servicio de un doctor inglés, establecido en Pisanja á orillas de Gambia, se ofrecian á acompañarle mientras siguieran el mismo camino.

Tuvo un viage bastante feliz mientras transitó por los reinos de Walli, de Wuli y de Budon; su viage comenizó á dificultarse en Joag, primera ciudad del reino de Kakgaaga fronteriza al reino de Budon.

Aquí llegaron algunos hombres á caballo que entraron en la ciudad, despertaron al patron de la casa en que me habia alojado y se acercaron hasta mí; uno de ellos, creyéndome dormido trató de apoderarse de mi fusil. Madiba y el herrero habian ido á otra poblacion, y regresaron antes que yo pensaba para informarme anticipadamente que de orden del rey se dirigian en busca del hombre blanco, diez hombres á caballo. En tanto que me daban este aviso llegaron, y estos y los de la noche anterior me rodearon teniendo cada uno un fusil entre sus manos.

Pedí que se me hablase en *mandinga* que comprendia yo, y convenido en ello, tomó la palabra un hombre pequeñuelo, y me dirigió una arenga diciendo habia entrado en los dominios de su rey sin pagar los derechos ni hacerle ningun regalo, y que en su virtud, por las leyes del pais, quedaban embargados mis criados, mis bestias y equipages; ademas traian orden de trasladarme á Maana residen-

cia del rey. Tuve que consentir en obedecer esta orden.

El herrero, creyendo sincero mi consentimiento, me llamó aparte y me dijo que estando para declararse la guerra entre su pais y el que pisaban, le perdía sin remedio pues iban á apoderarse de su pequeño equipage, en el que llevaba el fruto de cuatro años de economías. Deseando ser útil á aquel escelente hombre llamé al de la arenga, que era hijo del rey, y le dije no consentia en marchar con él, á menos que se dejase libre al herrero, proposicion que no aceptó. Pregunté á mi patron, despues de hacerle algunos regalos, qué debia de hacer, y contestó no debia aventurar llegar hasta la presencia del rey, porque su intencion formal era la de apropiarse cuanto yo poseia.

Por último, instados en que si habia faltado era á causa de ignorar los usos y costumbres del pais, tomaron cinco dracmas de oro y registraron mi equipage, y se apoderaron de la mitad de él, estrañando al mismo tiempo no encontrar tanto oro y ámbar como suponian.

Esta manera tiránica de obrar con los extranjeros, asustó á los negros que me acompañaban, invitándome todos á retroceder: nuestra posicion era crítica, pues la falta de dinero nos imposibilitaba pagar las provisiones: yo sabia que si mostraba el ámbar y las cuentas de vidrio que habia podido ocultar informarian al rey de ello y me las quitarian.

Cerca de anochecer estaba sentado y lleno de tristeza, cuando acertó á pasar á mi lado una vieja esclava y me preguntó si habia comido. Yo creí que pensaba burlarse y no la contesté, pero el herrero lo hizo por mí, diciendo que el rey nos habia quitado cuanto poseiamos. Pareció muy conmovida y regresó pronto, trayendo algunos puñados de alfonsigos, retirándose antes de que pudiera darla las gracias. Su conducta me conmovió mucho.

Enterado de que habia un blanco en Joag vino á visitarme poco despues que la esclava un sobrino del rey de Kasson, que venia de embajador de su tío para arreglar las diferencias suscitadas entre ambos reinos. Entonces le hablé de la inícuca conducta del rey de Kakgaaga, y me ofreció su proteccion y guia hasta el reino de su tío.

Al amanecer nos pusimos en camino con el embajador y hasta treinta personas de su comitiva, y antes de ponerse el sol estábamos en Samia á orillas del Senegal. El 28 de Diciembre abandonamos á Samia y llegamos á Flagea, por donde debíamos pasar aquel rio, que en este parage tenia un lecho muy profundo. Los caballos y algunos hombres le pasaron á nado, aunque costó mucho trabajo y mucho tiempo para hacer entrar las bestias en el agua; nosotros en una canoa.

Demba Sego dijo así que pusimos pié en tierra, que estábamos en los estados de su tío y fuera ya de todo peligro, y que esperaba que en testimonio de mi agradecimiento le haria un buen regalo.

Semejante modo de insinuarse despues que sabia el espolio de que habia sido víctima en Joag me sorprendió sobremanera; pero no tuve otro remedio que enviarle siete barras de ámbar y un poco de

tabaco, con lo cual quedó satisfecho al parecer. Despues de una jornada muy larga, llegamos á Tiesia, donde nos presentó Demba á su padre, hermano del rey de Kasson y comandante de la ciudad. Era anciano ya y me acogió con mucha cordialidad, diciendo que era el segundo blanco que veia, pero cuando fuí á anunciarle que me disponia á partir, me advirtió con muchos rodeos de que no podia alojarme sin pagar los derechos á que estaban sometidos todos los viajeros. Conociendo que seria locura resistir, le dí lo que me pareció, y como creyera que aún era poco se apoderó de mi equipage y se despachó á su placer. En Joag me habian quitado la mitad de lo que poseia y en Tiesia la otra mitad.

Partimos, y despues de pasar por Joembo, pueblo natal del herrero, donde fuimos por esta razon muy obsequiados, y donde no se cansaban de mirarme, pasamos al reino moro de Ludamar, por donde creian mas fácil nuestra llegada á Bambara á que yo me dirigia. Envié un presente á Alí, rey de esta region, pero cuando ya me creia al abrigo de toda vejacion, por estar casi tocando á Gombe, primera ciudad de Bambara, fué cuando me detuvieron para hacerme víctima de su barbárie.

Lleváronme á la presencia de Fátima esposa de Alí, despues de asegurarme que no habia en ello otro objeto que satisfacer la curiosidad de su reina que queria ver un hombre blanco. Introducido á la presencia de Alí, se apiñaban en derredor mio para ecsaminarme, sin cansarse de darme vueltas y de hacerme abrochar y desabrochar el chaleco para reparar la blancura de mi piel y el uso de los botones, que les estrañaba mucho. Cuando llegó la hora de sus oraciones mandó Alí que me diesen de comer, y para el efecto condujeron un cerdo salvaje con objeto de matarlo y prepararlo. No me pareció prudente en presencia de los moros comer de un animal por el que sienten tanto horror; así que no le dieron muerte, sino que por el contrario, le soltaron para que se tirara á mí, porque en su concepto, tienen aquellos animales una antipatía marcada hácia los cristianos. Cuando el cerdo se vió en libertad, acometió á todos indistintamente como era natural.

Alí me hizo preparar una choza para que estuviera al abrigo del sol, á la cual mandó atar el cerdo, lo que me probaba su deseo de tornar en ridiculo al cristiano.

Durante la noche mantuvieron los moros á mi puerta centinelas; pero á pesar de ello penetró un hombre con intento sin duda de robarme alguna cosa ó de asesinarme. Cuando desperté traté de huir; pero tropezó con mi fiel herrero, y fué á caer sobre el cerdo salvaje que le mordió un brazo. A los gritos que dió corrieron todos á mi choza, pensando que trataba de escaparme. Observé en esta ocasion que Alí no habia pasado la noche en su tienda: aquel tirano desconfiaba de tal modo de los que le rodeaban que nunca se sabia donde dormia.

El 13 de Marzo fuí insultado y maltratado como la víspera; pero sin embargo, en el firme propósito de no dar ningun pretexto á su malevolencia, hacia